



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO  
DIRIGIDA POR  
D. ALFONSO ENRIQUE OLLERO.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

## D. ALFONSO X EL SÁBIO

Alfonso *el Sábio*, Rey de Castilla y de Leon y electo Emperador de romanos, nació en Toledo en 1221. Sucedió á su padre San Fernando en 1252, y fué elegido Emperador de Alemania en 1256, de cuyo trono no tomó posesion. Murió este Monarca en Sevilla en Abril de 1284, desautorizado y desprestigiado por su hijo D. Sancho, y lleno por consiguiente de disgustos domésticos. Sus profundos conocimientos en astronomía, matemáticas, historia y jurisprudencia justifican el título de *Sábio* con que la posteridad le



conoce. Sus producciones literarias pueden dividirse en dos clases: unas que fueron escritas por él y otras que lo fueron por su iniciativa y bajo su nombre. En las primeras se encuentran, entre otras, el *Libro de las querellas*, en versos de arte mayor, en el que se duele de la ingratitud é infidelidad de los nobles; las célebres *Tablas astronómicas*; la *Historia general de España*; *La grande y general Historia* y *La gran conquista de Ultramar*, que trata de la adquisicion de los Santos Lugares. Pero en lo que más sobresalió el Rey Alfonso fué en sus obras jurídicas, que

D. Alfonso X el Sábio.



marcan un gran progreso en las legislaciones europeas. Ante el caos y anarquía jurídica, que en su tiempo existían, pensó en reformar la legislación española, siguiendo los pasos que su santo padre le había trazado; y así formó el *Fuero Juzgo* y el célebre *Código de las Partidas*, con lo que metodizó la legislación castellana. Las *Partidas* contienen: elementos del derecho natural y revelado, del romano, del canónico y sentencias de los Santos Padres y juriscultos. Están divididas en siete partes. Las *Tablas astronómicas*, que hemos citado, se llamaron despues *Tablas alfonsinas*, en memoria de su ilustre y esclarecido autor. Estas *Tablas* son en número de veintinueve: en ellas se comprenden los movimientos de las estrellas fijas y errantes, con arreglo á las observaciones de Tolomeo y otros escritores posteriores, especialmente los árabes y rabinos, y á las contemporáneas de los astrónomos más versados en el conocimiento y estudio de los cuerpos celestes. Así, D. Alfonso el *Sábio*, despues de reunir, á fuerza de inmensos gastos, que algunos han calculado en 40.000 escudos, á los astrónomos más notables de España y del extranjero, auxiliándoles él mismo con sus buenos estudios, emprendió y llevó á cabo esta grande obra, que tanto honor hace al país, al Monarca y á su siglo, máxime si se tiene en cuenta la circunstancia de pertenecer este trabajo á un género de estudios entónces tan descuidado y olvidado por todas partes.

### ASTRONOMÍA

La *cosmografía*, palabra compuesta de dos griegas que significan *mundo* y *descripcion*, equivale á descripcion del mundo; y como por *mundo* se entiende el armónico conjunto de todos los cuerpos que giran en el espacio, ó sea de los astros, de aquí que el nombre más usado vulgarmente para indicar la ciencia, que de ellos se ocupa, es el de *astronomía*.

Si elevamos nuestras miradas al cielo, y con curioso detenimiento vamos observando lo que vemos, lo primero que nos llama la atención, y nos sorprende y asombra, es el mismo *cielo*, espacio infinito, extension sin fin ni término alguno, donde brilla una prodigiosa multitud de cuerpos luminosos, que reciben el nombre general de *astros*.

«La imaginación más audaz, dice un autor, retrocede confundida ante la inmensidad de dos objetos: de *Dios*, el Creador, y del *Espacio*, su obra más grande, donde flota todo lo creado.» Y añade más adelante: «¿qué es nuestro globo confundido entre los arenales del Desierto? ¡una gota de agua inapercibible entre las montañas líquidas del Océano! Cruzan millares de soles el espacio: ¿ese espacio incomprensible, en que *Sirio*, la estrella que suponemos más cercana á nosotros, dista tanto de nuestra órbita, que tomando por base la mayor extension que esta nos permite, no nos produce ángulo ninguno para cerrar el triángulo, que pudiera decirnos su lejanía! ¡triángulo que si se cerrase, formando siquiera un ángulo de *un segundo*, daría al astro una distancia de 7.170.083.163.520 leguas de 25 al grado, que tarda su luz en atravesarla más de tres años, corriendo setenta mil leguas por segundo! ¡Ese espacio, que millones de estrellas fijas, apartadas probablemente unas de otras cantidades de lugar — análogas á la de *Sirio* al sol, ponen fuera de todo alcance de nuestra imaginación, qué decimos, ilimitable, infinita! ¿Hay quien pueda comprender el tamaño del espacio? Esos soles, centros probables de otros tantos sistemas planetarios y cometarios semejantes al nuestro; poblados, sí, indudablemente, pues nada vemos inútil ni despoblado en cuanto podemos examinar con nuestros órganos, desde la gota ó sustancia microscópica, hasta el cuerpo más gigantesco que es el globo; todo nos confunde; todo arrebató y conduce nuestra alma á la admiración del Supremo artífice de tantas maravillas; y todo nos convence, como hemos dicho, de nuestra pequeñez, de nuestra petulancia y de nuestra ridícula ambición.» El estudio, por consiguiente, de la astronomía engrandece nuestra alma y desarrolla algun tanto á nuestra vista el magnífico cuadro de la Creación, aunque no pase de sus primeros rudimentos. Sigamos, pues, nuestro estudio de los astros.

Estos, á simple vista, nos parecen unos más grandes y otros más pequeños; unos fijos y como estacionados en un punto, y otros se observa claramente que van cambiando de lugar. En algunos descubrimos alternativas especiales, ó sea cambios periódicos y graduados en su manera de presentarse, mientras que otros no sufren, al pa-



recer, ninguna alteracion; y esto ya nos indica que los astros, como todos los cuerpos que conocemos en la tierra, están sujetos tambien á leyes secretas y especiales de la naturaleza, á que obedecen y á que están subordinados sus movimientos. Ya entramos, pues, en deseos de saber qué leyes serán estas, y empezamos á estudiar. Para esto lo primero que hacemos es metodizar nuestro trabajo, dividiendo en grupos los cuerpos celestes que aparecen á nuestros ojos, segun las diferencias que en ellos notamos. Tenemos, pues, astros grandes, como el sol y la luna, y astros pequeños, como son todos esos puntitos de luz que brillan en el firmamento, y que conocemos por el nombre de *estrellas*. Tenemos además que unos parece que no se mueven, pero que tienen brillo constante, y otros desde luego vemos que cambian de sitio, pero parece que no tienen luz propia, y ya tenemos el fundamento de una division, llamando á los primeros *estrellas fijas*, y á los segundos *estrellas movibles ó planetas*. Prosiguiendo la observacion con prolijidad, se descubren otros cuerpos que giran alrededor de los planetas (como ellos alrededor del sol). Estos se llaman satélites (y la luna es uno de ellos con respecto á la tierra). A lejanas temporadas se ven á veces aparecer otros cuerpos, que giran despidiendo una luz nebulosa, con un núcleo brillante en su centro y en pos de él una larga cola ó cabellera de fuego; estos son los *cometas*.

Volviendo ahora nuestras miradas al sol y á la luna, que son los astros á nuestro parecer más grandes que hemos visto, resulta que no pueden ser de igual naturaleza, porque el sol es estrella fija, perteneciendo á la primera division, mientras que la luna es un planeta, porque es movable y además parece un cuerpo opaco; pues su luz, mucho menos viva, es reflejada, y además presenta fielmente copiadas, segun vemos en la lámina de la pág. 340, figuras diferentes ó distintos aspectos, que se llaman *fases de la luna*. La luna, pues, debemos colocarla en la segunda division; es un planeta, que debe recibir su luz del sol; y en efecto, segun nosotros la vemos en todo ó en parte iluminada por este astro, es como, ó no la vemos *luna nueva*, ó se nos va haciendo visible en figura de un arco luminoso, que se hace luego como una tajada

de melon, que decimos media luna, y entonces entra en su *cuarto creciente*; luego nos presenta iluminada toda su faz ó el hemisferio que nos mira (*luna llena*); pero en seguida torna á menguar, y nos vuelve á presentar la media luna hácia el costado opuesto que antes, que es cuando llega á su *cuarto menguante*, desde el cual va decreciendo hasta desaparecer del todo.

Seguiremos nuestro estudio, y procuraremos poco á poco irnos dando una clara explicacion de todos estos fenómenos.

(Se continuará.)

## HISTORIA NATURAL

### El kimpezei

CLASE 1.<sup>a</sup> MAMÍFEROS.—ÓRDEN 2.<sup>o</sup> CUADRUMANOS.

Despues del gorilla éste es el cuadrumano que más se aproxima al hombre por su aspecto, forma, hábitos y organizacion; es indígena del Africa, particularmente del Congo y de Angola, y segun aseguran los viajeros, los adultos son del tamaño del hombre; tiene el cuerpo cubierto de pelos negros, largos y abundantes en la cabeza, los hombros y la espalda; más ralos en el pecho y vientre: en la cara no tiene sino una patilla muy espesa. El macho anda junto con la hembra y apoyado en un palo, que le sirve de arma ofensiva y defensiva. Por lo regular viven muchos reunidos en chozas de ramas que ellos mismos hacen para abrigarse del sol y de la lluvia.

Son notabilísimas las pruebas de inteligencia que dan los monos de esta especie. En Loango, dice un viajero, hubo una mona que sabia ir por agua al rio y por leña al bosque, barrer, hacer la cama, dar vueltas al asador, calentar el horno y otras muchas cosas. Mútuamente se prestan apoyo para hacer frente á sus enemigos, y si alguno sale herido en la refriega, le extraen el proyectil de la herida con mucha destreza, la curan con hierbas masticadas y la vendan con tiras de corteza. Pero más asombroso es aún que tengan la costumbre de dar sepultura á sus muertos, y no contentos con esto, luego que depositan un cadáver en la fosa, la cubren con piedras, ramas, hojas y espinas para impedir que las fieras lo desentierren.

Varios naturalistas aseguran que muchas veces persiguen á las negras y se las llevan



á sus chozas, donde las encierran y alimentan muy bien; un viajero francés dice haber conocido en Loango á una negra que vivió tres años con un kimpezei, sin que le fuese posible escapar. Los jóvenes profesan intenso amor á sus madres; á su vez la hembra ama en extremo á su hijuelo, lo acaricia sin cesar, lo lleva en brazos ó en hombros y lo mantiene siempre muy limpio.

Se alimentan de frutas, goma arábica, huevos de pájaros, reptiles y moluscos terrestres, y algunas veces de pescados.

## EL NIÑO INDEPENDIENTE

Continuación (1).

Desde allí vieron un valle muy estrecho y guarnecido de árboles desconocidos; siguieron andando algun tiempo arrastrados por la curiosidad hasta franquear una nueva altura, y penetraron en un segundo valle más largo y recortado por árboles y arroyos.

Se detuvieron á su vista, no sabiendo si avanzar ó retroceder; pero antes de que hubieran tenido tiempo de decidirse, oyeron gritos á algunos pasos, y distinguieron delante de ellos una joven salvaje que llevaba

(1) Véase la pág. 335.



Fases de la luna.

un niño de la mano. Su traje consistía en una falda corta de paño y borceguíes formados de cintas de piel hábilmente trenzadas. Pequeños anillos colgaban de sus narices, y un largo collar de cuentas variadas y brazaletes de plumas completaban su tocado.

El grito que arrojó á la vista de los dos extranjeros fué de sorpresa más bien que de espanto, y cuando los vió inmóviles se lanzó resueltamente hácia ellos y les dirigió la palabra en una lengua desconocida, pero dulce; asió sus manos y las posó sobre su cabeza.

Francisco hubiera querido comprenderla

y contestarla; pero todo lo que pudo hacer fué tomar al niño, que la joven había dejado en tierra, y abrazarle.

El grito de la joven había sido oído en las otras cabañas, y los dos hermanos estuvieron bien pronto rodeados de mujeres, que les contemplaban con sorpresa.

Pablo y Francisco las miraban con curiosidad, asombrándose sobre todo no ver entre ellas ningún hombre; pero bien pronto tuvieron la explicación de esta singularidad, oyendo á lo lejos un gran ruido. Eran los guerreros de la tribu que volvían de caza.

El jefe, á quien habían advertido de la llegada de los dos extranjeros, entró bien



pronto en la cabaña. Los dos hermanos se levantaron, no sin algun cuidado, temerosos de lo que pudiera sucederles; pero él no les dejó mucho tiempo en esta incertidumbre, pues avanzando hacia ellos, con una mano estendida y la otra sobre el pecho, pronunció con acento profundo algunas palabras que ellos creyeron comprender.

—¡Dios me perdone! habla francés; exclamó Pablo estupefacto.

—Sí, sí, francés, respondió vivamente el jefe, golpeándose el pecho; francés, Daniel, repitió Ové, hijo de Daniel.

Pablo y Juan se miraron sin saber lo que quería decir, y fué preciso largas explicaciones del jefe salvaje. Al fin comprendieron

que un marinero francés, llamado Daniel, había abordado á la isla, haciendo alianza con la tribu, á la cual rindió grandes servicios, y de la que llegó con el tiempo á ser el jefe. El que hablaba era su hijo y su sucesor.

Ové añadió que el gran espíritu se les mostraba benévolo, pues que les mandaba dos hermanos blancos que les enseñarían muchas cosas nuevas, y les ayudarían á vencer á sus enemigos.

Se volvió en seguida hacia las mujeres, dándoles varias órdenes en su lenguaje particular; ellas desaparecieron, volviendo á poco con unas esterillas que, á guisa de mantel, estendieron en tierra, y calabazas



Historia natural: El kimpezei.

llenas de carnes asadas, de frutas y de pescados fritos.

Los dos hermanos se miraron dudando si debían aceptar el refrigerio que les ofrecían.

—¡Al diablo el gato de las nueve colas! exclamó al fin Francisco; que volvamos ahora ó más tarde el patron no nos sacudirá menos la badana; así, pues, quedémonos. La ocasión de comer con estos salvajes no se presenta todos los días.

Se sentaron por consecuencia en el sitio que les fué indicado, y se pusieron á comer alegremente. Ové les ofreció una calabaza llena de una bebida especial, hecha con frutas del país, que llamaban *occicon*, y comen-

zó á hablarles de su padre Daniel. Les contó cómo éste se había casado entre ellos, y que repetía cada día que los hombres pálidos eran menos dichosos en su país que los *caroucas*. Elogió, con ese orgullo propio de todos los salvajes, la fertilidad de su isla, que abundaba en frutos y en caza, la destreza de sus mujeres para fabricar sus lechos de algodón, y la libertad de que los *caroucas* gozaban en los bosques.

A medida que las calabazas de *occicon* se vaciaban, su lenguaje se hacía más brillante y los dos hermanos se interesaban más y más. El licor fermentado del *marioe* comenzaba á obrar sobre Juan Francisco, cuando Ové, volviendo hacia la jóven que estaba á



su derecha, mostró á los extranjeros, y la ordenó les hiciera oír el canto de los *caroucas*.

Dejó en seguida el niño en tierra, se acurrucó cerca de él, y poniendo las manos sobre las rodillas con una gracia modesta, comenzó á cantar con una voz monótona, pero dulce:

«¡Oh mujeres! llevad la *matautous* (1) de latonero, y cubridlas de batatas, bananas y de sopa de *mouchache* (2), pues él tiene en el *carbet* (3) un huésped que gusta de los frutos.»

«Tomad vuestras flechas ¡oh jóvenes! y perseguir el *taton* (4); tended vuestros lazos á los grandes lagartos de la bahía, pues hay en el *carbet* un huésped que gusta de la carne de estos animales.»

«Niños, sumergid en las olas una piedra en cada mano, y conducid cerca de la cascada el pelícano que habreis aprisionado, pues hay en el *carbet* un huésped que ama el pescado.»

«Y vosotras, muchachas, cantad, agitando la calabaza llena de guijarros, y bailad alegremente como las olas en torno de la roca, pues hay en el *carbet* un huésped que gusta de la alegría.»

«Y todos juntos decid al huésped que se quede bajo nuestro techo, y que tome una mujer de nuestra tribu.»

«Pues los *caroucas* son entre los hombres semejantes á los *mancefentil* (5) entre los pájaros. La tierra es de ellos, y ellos son los dueños.»

La joven se calló, y grandes gritos se elevaron en la cabaña aplaudiéndola. Exaltado por el *occicon* Juan Francisco, gritó más alto que todos, y volviéndose hacia su hermano exclamó:

—Vé aquí, Pablito, gentes dichosas; al ménos ellos comen, duermen y se pasean á su antojo.

—¡Sí, nos quedaremos con ellos! exclamó Pablo casi ébrio.

—¡Para ser independientes! gritó con extraordinario júbilo Juan Francisco.

Y para librarnos de la garceta del patron, aquel odioso gato de las nueve colas.

—¿Lo piensas así? Pablito.

—Hagámonos salvajes, Juan Francisco, dijo el jorobado.

—Sea, exclamó el grumete, ensayando á levantarse. ¡Hurra por la gente de color! nosotros queremos ser verdaderos *caroucas*, á fin de que la tierra nos pertenezca y seamos los amos, como dice la canción.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(1) Pequeña mesa.

(2) Una flor de harina de Yuca.

(3) Casa de los salvajes.

(4) Tato, especie de animal parecido al puerco, que tiene púas como el erizo y uñas largas en los pies.

(5) Ave de rapina.

## LA URBANIDAD.

En la vida social de los hombres no hay nada que más les distinga entre sí que el modo particular como cada uno se presenta á sus semejantes, y dirige el continuo y variadísimo género de relaciones que tiene que mantener con ellos. A primera vista distingue cualquiera al hombre fino y culto del grosero y rústico patán, y no hay quien no sepa que la causa principal de tan grandes diferencias reside en la buena educación. Si la decorosa presencia, compostura y finos modales de una persona excitan la simpatía y previenen desde luego en su favor, el grosero desenfadado, el sucio desaliño y las toscas maneras producen por el contrario, un sentimiento vivo de repulsión, y por instinto natural huimos ó procuramos todos huir de aquello que nos repugna. La Sociedad por otra parte, tiene establecidas sus reglas para el trato de todos los individuos entre sí, con arreglo á la diversidad de jerarquías y de sus múltiples necesidades, y ninguna persona bien educada debe ignorarlas. De aquí la necesidad imprescindible que surge desde luego á nuestros ojos, queridos lectoritos, de aprenderlas, y la obligación indispensable en que están de enseñarlas nuestros padres y maestros.

Los niños tienen muy desarrollado el espíritu de imitación, y es en ellos cosa muy natural el deseo de hacer ó repetir los mismos actos que ve y observa en los adultos, y hasta en sus inocentes juegos se nota esta especial tendencia; y así les oímos decir, por ejemplo, *yo era un obispo y tú un niño que se iba á confirmar*; y con la mayor formalidad se reviste el figurado obispo del carácter serio y grave, que observó en su tío cicerano, empieza á echar bendiciones, y si el compañero, que era el niño, se descuida, le



larga con mucha frescura su correspondiente bofetada. Este espíritu de imitación es pues, lo que hace que con la mayor facilidad copie el niño y repita lo mismo las toscas maneras y palabrotas del burdo jaleto, que las cultas actitudes y discretas frases del cortesano. Bien se deduce de todo esto cuán necesario es aprovechar los primeros años de la vida del hombre para inculcar para siempre en su manera de ser los principios amables de la urbanidad y de la cultura.

Dedicaremos, pues, algunos números á tan provechosa y trascendental tarea, y mientras tanto hacedme el obsequio, queridos lectorcitos, de fijar en vuestra memoria la siguiente moraleja, inserta en el libro que he publicado con el título de FÁBULAS MORALES:

### LA MARCA DE GANADERIA

*Marcan con sello los potros,  
Y en todos tiempos su raza,  
Doquier que alguno se emplaza,  
Distingue bien de los otros.  
Igual nos pasa á nosotros,  
« Que en buena ó mala fortuna  
Las personas, cada una,  
Como indeleble destello  
Lleva por perenne sello  
La educación de la cuna.»*

A. E. OLLERO.

### CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

José, al ver que la noche se hacía fría y nublada, emprendió el camino de su casa á buen paso, y deseando ponerse á cubierto de la helada que amenazaba. De pronto, y al mediar su camino, se halló detenido por un bulto que la oscuridad no le permitió distinguir. Bajóse al suelo, le tocó, y vio

que era un hombre dormido, desmayado, ó muerto.

Le sacudió con fuerza, le llamó una ó dos veces, y entonces una voz vinosa y ronca respondió algunas frases que José no pudo entender.

— ¡Pues no es mi padre! dijo levantándose con aspereza. ¡Maldita borrachera! No sería malo dejarle ahí, hasta que el frío le desaturdiese: tal vez así se curaría de ese fatal vicio. ¡Oh! por esta noche va á dormir al sereno.

Y sin meditar lo culpable de su acción emprendió la marcha, llegando poco después á su casa, donde se acostó tranquilamente, sin pensar en lo que sería de aquel padre á quien había dejado á la intemperie.

Mientras José, abrigado en su lecho, dormía descuidado, la nieve empezó á caer lenta y silenciosa, cubriendo los campos con un blanquísimo manto. ¡Ay! aquel fué el sudario del pobre Juan Perez, que cubierto por ella no debía despertar más. A la mañana siguiente unos pastores le hallaron helado, en el mismo sitio en que le dejara su hijo.

El dolor de José halló consuelo bien pronto. ¿Y qué podía esperarse de un hijo como él?

Tomó posesión de los cortos bienes que su padre había dejado, y á los pocos meses contrajo matrimonio con una joven bella y buena, á la cual llevó á vivir á su morada y en compañía de su madre.

Pasaron algunos años, y siguiendo la ley de la naturaleza, José á su vez fué padre, y comprendió todo el amor y toda la ternura que inspira un hijo, y todo el cariño y el respeto que el autor de sus días anhela encontrar en él.

Sin saber por qué, José empezó á ponerse triste y pensativo, y más de una vez el recuerdo de su padre pasaba ante su memoria severo y sombrío, llenándole de pavor.

Entonces, al meditar lo que había hecho, mil ideas terribles agitaban su mente, y siempre, al mirar á su pequeño hijo, se preguntaba con terror si aquel niño sería el vengador de su pobre padre.

Y á medida que el tiempo pasaba, José se preocupaba más y más, y su carácter se hacía taciturno y huraño, y el sueño se alejaba de sus ojos y la sonrisa de sus labios.

Deseando aturdirse y desechar los pensamientos que le angustiaban, entró un día en la taberna con sus amigos, y él, que tanto había aborrecido el vicio de la embriaguez, bebió hasta trastornar su razón, hasta que consiguió olvidar el pasado.

Desde aquel día, fuese casualidad, fuese permiso de Dios, José se hizo bebedor como su padre, y como su padre no pasaba un día en que no tornase á su casa completamente beodo.

Y pasaron algunos años, y el hijo de José

(1) Véase la pág. 328.



se hizo hombre, y á su vez tuvo vergüenza de su padre, y se alejó de él, y le trató con desvío, y entonces y sólo entonces comprendió aquel hombre la enormidad de su culpa.

Un día, un aniversario de la muerte de Juan Perez, José sintió su corazón más lleno de angustia que otras veces, y quiso ahogar sus remordimientos entre un vaso y otro de vino.

Su embriaguez fué en aquella ocasion más grande que nunca: dió voces, buscó pendencias, pero todos se alejaron de él mirándole con desprecio.

Entonces se levantó, y tambaleándose y dando traspiés se encaminó hacia su casa.

Su hijo le vió salir del pueblo y le siguió, pero á lo lejos, porque se abochornaba de acompañarle en aquel estado.

—Si cayese, se dijo a sí mismo, si cayese yendo lejos, no le podría yo socorrer; pero ¿y si alguien nos ve, si creen que yo también...? No, no, eso no puede ser.

El joven vaciló un instante; pero su padre habia sido un infame, y el castigo de Dios no podia faltar.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## EL LAGO VERDE CON ORILLAS DE PLATA

POESÍA

Existe un Lago verde  
De cristalinas aguas,  
Tranquilas, seductoras,  
Que embelesa el mirarlas,  
Realzando su belleza  
Las orillas de plata,  
Que al par que se contemplan  
Mil dichas nos retratan;  
Y es tanto su poder,  
Y tan grande su magia,  
Que cuanto más se miran  
Más alegran el alma.  
Por eso igual el niño  
Que el anciano se paran,  
Y el rico, como el pobre,  
La dicha y la desgracia,  
Todos vienen unidos  
A contemplar sus aguas,  
Pues á todos ofrece  
Las dichas deseadas.  
Al artista, la gloria,  
Que pregona la fama;  
Al avaro, tesoros,  
Brotando de su lecho de esmeralda;  
A la Virgen, amores,  
Que Cupido con sus leves alas,  
Entre nubes de color de rosa,  
Ofrece coronarla  
De flores olorosas,  
De mirtos y guirnaldas,  
Prometiendo engañoso  
Mil dichas no soñadas.  
Al ausente, en mil formas,  
Le acorta la distancia  
Que del objeto amado  
Su corazon separa.  
Al naufrago infeliz